

Primera edición (Libros del Quirquincho, Buenos Aires): 1990

Segunda edición (Fondo de Cultura Económica): 2001

Coordinación de la colección: Daniel Goldin

Diseño e ilustración: Joaquín Sierra Escalante

D.R. © 2001, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carr. Picacho-Ajusco 227, Col. Bosques del Pedregal

14200, México, D.F.

[www.fce.com.mx](http://www.fce.com.mx)

SE PROHIBE LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA

—POR CUALQUIER MEDIO— SIN LA ANUENCIA POR ESCRITO

DEL TITULAR DE LOS DERECHOS CORRESPONDIENTES.

ISBN 968-16-6320-9

Impreso en México

# El corral de la infancia



Graciela Montes



FONDO DE CULTURA  
ECONÓMICA



## Realidad y fantasía o cómo se construye el corral de la infancia

La querella entre los defensores de la "realidad" y los defensores de la "fantasía" es una vieja presencia en las reflexiones de los pedagogos acerca del niño y de lo que le conviene al niño.

Según el parecer de muchos, una de las cosas que menos conviene a los niños es precisamente la fantasía. Ogros, hadas, brujas, varitas mágicas, seres poderosos, amuletos milagrosos, animales u objetos que hablan —argumentan— deberían desterrarse sin contemplaciones de los cuentos. El ataque se hace en nombre de la verdad, de la fidelidad a lo real, de lo sensato y razonable. Ya Rousseau había determinado que poco y nada habría de intervenir la literatura en la esmeradísima educación de su Emilio, y mucho menos los cuentos de hadas, lisa y llanamente mentirosos. Y después de él innumerables voces se levantaron contra la fantasía.<sup>1</sup>

A esta condena tradicional se agregará luego otra, formulada a la luz de la psicología positivista: la fantasía no sólo es insensata, también puede resultar nociva. "Con los cuentos truculentos, sanguinarios y feroces que leyeron los niños hasta ayer, es lógico que aumentara la criminalidad en tiempos de guerra y en tiempos de paz", decía el Mensaje del Comité Cultural Ar-

---

<sup>1</sup> Los pedagogos del siglo XVIII, como la famosa Madame de Genlis, como Madame Leprince de Beaumont —autora del *Almacén de los niños o diálogos de una prudente institutriz con sus distinguidos alumnos*, aunque autora también, hay que reconocer, de un maravilloso deslíz: "La bella y la bestia"—, como Berquin, como Weisse, como Trimmer, la condenarán por falsa, por supersticiosa y también por ajena a las conveniencias sociales (los cuentos de hadas serán, para la Genlis, "propios de sirvientes").

gentino que sirvió como prólogo al libro de Darío Guevara, *Psicopedagogía del cuento infantil*, un clásico de los años cincuenta. Y, para no quedarnos en los cincuenta, digamos que en 1978, durante la dictadura militar argentina, un decreto que prohibió la circulación de *La torre de cubos*, de Laura Devetach, hablaba en sus considerandos de *exceso* de imaginación –“ilimitada fantasía”, dice–; ese exceso imaginario, junto con el cuestionamiento social, se proponían como causas principales de la censura.<sup>2</sup>

La fantasía es peligrosa, la fantasía está bajo sospecha. Y podríamos agregar: la fantasía es peligrosa porque está fuera de control, nunca se sabe bien adónde lleva.

Aunque, ¿de qué se acusa en realidad a la literatura infantil cuando se la acusa de fantasía?; ¿por qué tanta pasión en la condena?; ¿en nombre de qué valores se lanza el ataque?; ¿qué es lo que se quiere proteger con ese gesto? Tengo la impresión de que, en esta aparente oposición entre realidad y fantasía, se esconden ciertos mecanismos ideológicos de revelación/ocultamiento que les sirven a los adultos para domesticar y someter (para colonizar) a los niños. Mecanismos

---

<sup>2</sup> Vale la pena reproducir el Boletín número 142 de julio de 1979, por el cual el Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe prohibió el uso del libro en las escuelas: “NIVEL PRIMARIO

Prohibición de una obra

La Provincia de Santa Fe ha dado a conocer la Resolución N°480 con fecha 23-5-79.

Buenos Aires, 23 de mayo de 1979

Visto:

Que se halla en circulación la obra “La torre de cubos” de la autora Laura Devetach destinada a los niños, cuya lectura resulta objetable; y *Considerando*:

Que toda obra literaria para niños debe reunir las condiciones básicas del estilo;

Que en ello está comprometida no sólo la sintaxis sino fundamentalmente la respuesta a los verdaderos requerimientos de la infancia;

Que estos requerimientos reclaman respeto por un mundo de imágenes, sensaciones, fantasía, recreación, vivencias;

Que inserto en el texto debe estar comprendido el mensaje que satisfaga dicho mundo;

Que del análisis de la obra “La torre de cubos” se desprenden graves falencias tales como simbología confusa, cuestionamientos ideológico-sociales, objetivos no adecuados al hecho estético, *ilimitada fantasía*, carencia de estímulos espirituales y trascendentes;

no del todo claros —hasta un poco secretos—, que parecen estar estrechamente vinculados con esa especie de bicho raro que es la literatura infantil, un campo aparentemente inocente y marginal donde, sin embargo, se libran algunos de los combates más duros y más reveladores de la cultura.

De modo que hacer pie en la literatura infantil puede ser un buen modo de ingresar a esos mecanismos secretos.

Primero, habrá que despejar el terreno. ¿Qué es “literatura infantil”? Para empezar, si la literatura infantil merece el nombre que tiene, si es literatura, entonces es un universo de palabras con ciertas reglas de juego propias; un universo de palabras que no nombra al universo de los referentes del mismo modo como cada una de las palabras que lo forman lo nombraría en otro tipo de discurso; un universo de palabras que, sobre todo, se nombra a sí mismo y alude, simbólicamente, a todo lo demás.

Por dar un ejemplo burdo: nadie corre a buscar un balde de agua cuando lee el relato de un incendio. Sabe que el fuego está al servicio del cuento. Sin embargo, y aunque muchos puedan pensar que esto es evidente, el Mensaje de los

---

Que algunos de los cuentos-narraciones incluidos en el mencionado libro atentan directamente al hecho formativo que debe presidir todo intento de comunicación, centrando su temática en los aspectos sociales como crítica a la organización del trabajo, la propiedad privada y al principio de autoridad enfrentando grupos sociales, raciales o económicos con base completamente materialista, como también cuestionando la vida familiar, distorsas y giros de mal gusto, lo cual en vez de ayudar a construir lleva a la destrucción de los valores tradicionales de nuestra cultura;

Que es deber del Ministerio de Educación y Cultura, en sus actos y decisiones, velar por la protección y formación de una clara conciencia en el niño;

Que ello implica prevenir sobre el uso, como medio de formación, de cualquier instrumento que atente contra el fin y objetivos de la Educación Argentina, como asimismo velar por los bienes de transmisión de la Cultura Nacional;

Por todo ello

El Ministerio de Educación y Cultura resuelve:

1º) Prohibir el uso de la obra “La torre de cubos” de Laura Devetach en todos los establecimientos educativos dependientes de este Ministerio.

2º) De forma”.

pedagogos que cité antes, por ejemplo, o el decreto de 1978 imaginan una relación tan directa y tan ingenua entre las palabras y las cosas que recuerdan al que busca el balde para apagar el incendio del cuento.

Está bien, se defenderían los que corrieron a buscar agua, será literatura, pero es literatura *infantil*, y esa palabrita basta para que todo se trastorne, para que entren a terciar otras fuerzas, para que cambien las reglas del juego. Porque lo infantil pesa, pesa mucho y, para algunos, mucho más que la literatura.<sup>3</sup> Es natural, no puede dejar de pesar: una literatura fundada en una situación comunicativa tan despereja —el discurso que un adulto le dirige a un niño, lo que alguien que “ya creció” y “sabe más” le dice a alguien que “está creciendo” y “sabe menos”— no puede dejar de ser sensible a este desnivel. Es una disparidad que tiene que dejar huellas. Pero ¿cuáles son las huellas que deja? ¿Y quién es el que deja marcas: el niño al que el texto busca como lector, o más bien el adulto en el que se originó el mensaje?

En realidad, es fácil darse cuenta de que todo lo que los grandes hacemos en torno de la literatura infantil (no sólo cuando la escribimos, también cuando la editamos, la recomendamos, la compramos... o la soslayamos) tiene que ver no tanto con los chicos como con la idea que nosotros —los grandes— tenemos de los chicos, con nuestra imagen ideal de la infancia.

Y ahí llegamos al ojo de la tormenta.

La relación entre los grandes y los chicos no es una campaña serena sino más bien una región difícil y escarpada, de a ratos oscura, donde soplan vientos y tensiones; un nudo

---

<sup>3</sup> Al respecto, es interesantísima la polémica que se desarrolló en Francia entre Ruy-Vidal, un editor de vanguardia de libros para niños, y la psicoanalista Françoise Dolto, cuyos argumentos fundamentales pueden leerse en el artículo “Ruy-Vidal” en *La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas* de Marc Soriano (Buenos Aires, Colihue, 1995).

complejo y central a nuestra cultura toda, que sería tonto pretender despejar en pocas palabras. Me limito a señalar que nuestra sociedad no ha confrontado todavía, serenamente, como el tema merece, su imagen oficial de la infancia con las relaciones objetivas que se les proponen a los niños, porque una cosa es declamar la infancia y otra muy diferente tratar con niños. Sólo cuando franqueemos nuestra relación con ellos podremos franquearnos con su literatura. Hoy apenas estamos aprendiendo a cuestionar algunas de las muchas hipocresías con que ocultamos nuestra relación con la infancia. Al menos hoy, lo infantil es problemático.

Pero, ¿qué es lo infantil?

Hoy todo el mundo habla de infancia. Sabemos, sin embargo, que durante muchísimos años la cultura occidental se desentendió de los niños (tal vez, sugieren los demógrafos, porque los niños morían como moscas y no valía la pena el esfuerzo de detener la mirada en ellos), y que fue tardíamente, a partir del siglo XVIII, cuando se empezó a hablar de infancia. Hasta entonces habría sido insólito que a un escritor se le hubiese ocurrido escribir para los niños. Los niños recibían, en forma indiscriminada, los mensajes que se cruzaban entre los grandes (incluidos esos cuentos "sanguinarios, truculentos y feroces" de los que hablaba nuestra cita, posiblemente mucho más sanguinarios, truculentos y feroces de lo que llegarían a ser luego, cuando se convirtieran en tradicionalmente infantiles). Es de imaginar que esos mensajes que se cruzaban entre adultos resultaban en parte incomprensibles y en parte apasionantes, como siempre es para los chicos todo lo que pertenece al mundo de los grandes.

Hay que admitir que, si bien los adultos tardaron en "descubrir" a los niños, en cuanto lo hicieron no cesaron de interesarse en ellos, y de la indiscriminación se pasó a una especialización cada vez mayor: una habitación especial para

ellos (la *nursery*), la industria del juguete, el jardín de infantes, muebles diminutos, ropa apropiada, la literatura deliberada, en fin, "lo infantil".

Con el tiempo se fue sabiendo más y más acerca de los niños, su evolución, sus etapas, sus necesidades, su psicología. Fue la época de oro de los pedagogos. Casi todos ellos compartían la opinión de que, si la literatura era infantil tenía que adaptarse —como la ropa, como los juguetes, como el mobiliario— a los parámetros ya establecidos. A esa época perteneció la condena, primero por mentirosos y por supersticiosos, después por crueles y por inmorales, de los cuentos tradicionales, cuentos de hadas, ogros y brujas. La fantasía de esos cuentos no era controlable y debía ser destruida del mundo infantil.

Los ogros, las brujas y las hadas europeos pasaron a la clandestinidad, pero sobrevivieron a pesar de todo: se refugiaron en las clases populares, de donde habían salido, y en las ediciones de mala calidad y sin pie de imprenta que se vendían por pocos centavos en los mercados.<sup>4</sup>

En América, otro coto de colonización tan interesante como la infancia, simultáneamente, la vigorosa imaginaria indígena —en la que no había el menor asomo de especialización infantil— era arrinconada doblemente, por insensata —por desatada— y por americana, y sólo sobrevivía en algunos bolsones, muchas veces mezclada con la imaginaria popular europea que traían los conquistadores.

Entre tanto, la sensatez y el control avanzaban. Era la época de los juguetes didácticos y también de una literatura que a mí me gusta llamar "de corral": dentro de la infancia (la "dorada infancia" solía llamarse al corral), todo; fuera de

---

<sup>4</sup> Un gran fárrago de cuentos cargados de fantasía: "el gran montón" que —según recuerda Montaigne en *De l'institution des enfants*— hacía la delicia de los niños. De todos los niños, por cierto, incluidos los que luego serían filósofos y eruditos.



la infancia, nada. Al niño, sometido y protegido a la vez, se lo llamaba “cristal puro” y “rosa inmaculada”, y se consideraba que el deber del adulto era a la vez protegerlo para que no se quebrase, y regarlo para que floreciese.

Con el tiempo se elaboraron reglas muy claras acerca de cómo tenía que ser un cuento para niños. En pocas palabras, tenía que ser sencillo y absolutamente comprensible (había incluso una pauta que fijaba el porcentaje de vocabulario desconocido que se podía tolerar), tenía que estar dirigido claramente a cierta edad y responder a los intereses rigurosamente establecidos para ella. No podía incluir la crueldad ni la muerte ni la sensualidad ni la historia, porque pertenecían al mundo de los adultos y no al “mundo infantil”, a la “dorada infancia”; eran bestias del otro lado del corral y había que tenerlas a raya. Era común que esa literatura llamara a su pretendido interlocutor, el niño ideal, “amiguito”: una manera de ganarse su confianza y, a la vez, mantenerlo en su lugar.

Fue en esa época de creciente control sobre la infancia cuando empezó a cobrar fuerza la idea de que la fantasía podía ser peligrosa. Se proponía, como alternativa, una especie de “realismo” muy particular, que echó raíces y que, con altibajos, sobrevive hasta nuestros días. Brotaron como hongos cuentos de “niños como tú”, colocados en situaciones cotidianas, semejantes en todo lo visible a las del lector —cuentos disfrazados por lo tanto de realistas—, en los que, sin embargo, por arte de birlibirloque, la realidad era despojada de un plumazo de todo lo denso, matizado, tenso, dramático, contradictorio, absurdo, doloroso: de todo lo que podía hacer brotar dudas y cuestionamientos. Así, despojada, lijada, recortada y cubierta con una mano de pintura brillante era ofrecida como *la* realidad, y el cuento, como el cuento realista. Los pedagogos, contentos, porque el cuento informaba acerca del entorno, “educaba” (fin último de todo lo

que rodeaba a lo infantil) y no se desmedraba por esos oscuros e imprevisibles corredores de la fantasía.

Los discursos que tienen como tema la "información sexual" son particularmente reveladores de ese mecanismo de información/escamoteo de información y de mostración/ocultamiento que subyace en el realismo para consumo infantil. Llegando a los años sesenta los pedagogos más progresistas consideraban necesario y recomendable que los relatos para niños dieran cuenta de la actividad sexual de la naturaleza. Para eso, se sugería hablar de las flores primero, de los pollitos después y por último de los terneros. Más allá no llegaban ni siquiera los más audaces. Pero lo interesante es que mucho más enfáticas que las recomendaciones para que se abriese la información eran las infaltables recomendaciones para que no se fuesen a escapar las "aberraciones", para que no se soltasen las bestias. Sexo sí, pero un sexo razonable, sin emociones, sin sexualidad, sin fantasía.<sup>5</sup>

Resulta curioso, pero los mismos que proponían una literatura realista solían suponer que los niños vivían en un mundo de ensoñaciones, de poco contacto con el mundo real. Parecían pensar que al pobre soñador había que fabricarle una realidad *ad hoc*, una especie de escenografía, un simulacro para que jugase a la realidad sin asustarse demasiado. En ocasiones, como concesión a esta supuesta ensoñación perpetua en la que vivían los niños, aparecían en los cuentos "sueños", viajes imaginarios cuidadosamente enmarcados dentro de la realidad, por lo general descriptivos de

---

<sup>5</sup> "[...] el artista o literato que quiere servir al niño en los campos del sexo, consciente de su misión, ha de ser metódico como un maestro; amable y sereno como un buen padre; imaginativo y realista con el mejor patrimonio de su oficio; cantor como las aves, suave como la brisa, y tierno como el niño en gestación de hombre nuevo, o como la niña que se alista a recibir el mensaje creador de media humanidad". He aquí algunos de los requisitos que debe reunir el escritor que se atreva a hablar del sexo según Darío Guevara (*Psicopedagogía del cuento infantil*, Buenos Aires, Omeba, 1969, p. 114).

maravillas más bien inofensivas, que siempre terminaban cuando el niño se despertaba y la tranquilizadora realidad volvía a ampararlo.<sup>6</sup>

Esa fantasía hueca del sueñismo divagante estaba muy lejos de la sólida y vigorosa fantasía de los cuentos tradicionales, que no divagaba sino que estaba perfectamente enraizada en las ansiedades, los deseos y los miedos muy reales y contundentes de los niños.

El realismo mentiroso y el sueñismo eran dos actitudes perfectamente complementarias: alternativamente se “protegia” al niño de las fantasías, cercenándole una de las dimensiones más creativas que poseía, y se lo exiliaba dentro de ella, alejándolo del mundo de los adultos. La prueba de la delicada ambigüedad con que los adultos pretenden dosificar realidad y fantasía en el brebaje que les preparan a los niños radica en el hecho de que tan “peligrosa” resulta la fantasía desatada como la realidad sin recortes ni maquillaje.

El ingreso de la realidad histórica al mundo infantil resulta siempre escandalosa.<sup>7</sup> Para hacerse potable, la realidad deberá desrealizarse cuidadosamente, despojándola de todo conflicto. Los libros escolares han sido un modelo de ese me-

---

<sup>6</sup> Este “sueñismo” de ocasión, hecho de fantasías bastante convencionales, no debe confundirse con la exploración de los límites entre sueño y realidad en que se embarca Lewis Carroll, por ejemplo, y que llega a su borgeano paroxismo en *A través del espejo* cuando Alicia, muy acertadamente, teme no ser sino un sueño del Caballero Blanco. Es exactamente lo contrario. Carroll mina el límite y, así, de ningún modo tranquiliza, más bien hace tambalear las convenciones.

<sup>7</sup> El ingreso de la realidad histórica en el “mundo infantil” es siempre escandaloso. Cuando en 1986 edité una serie de libros de información para niños —*Entender y participar*— en los que hablaba del terrorismo de Estado que se había instalado en mi país a partir de 1976, varios me reprocharon que les “hablara de esas cosas a los chicos”, y un periodista del diario *La Nueva Provincia* de Bahía Blanca, Carlos Manuel Acuña, curiosa y coherentemente, incluyó en una misma nota condenatoria esas “insoportables” referencias a asesinatos y torturas en un libro para niños y “la educación sexual en las escuelas”. Diez años después, en 1996, cuando publiqué *El golpe y los chicos, un relato aún más pormenorizado y puntual del terrorismo de Estado*, siguió habiendo quienes me reprocharon que insistiera en recordarles “esas cosas tan tristes” a niños.

canismo: héroes, villanos, relaciones sociales emblemáticas y fiestas patrias, la historia deshistorizada.

En síntesis, el manejo de la pareja realidad/fantasia le permite al adulto ejercer un tranquilo y seguro poder sobre los niños. Con esas dos riendas, los adultos —no porque sí sino seguramente por motivos muy profundos, por viejas tristezas y viejas frustraciones, tal vez tratando de proteger la propia infancia de toda mirada indiscreta— podemos mantener a los chicos en el corral dorado de la infancia.

El corral protege del lobo, ya se sabe; pero también encierra.

Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos controladores, tanto la fantasía desatada (la que se atreve a todo, y con facilidad se vuelve sensual o sangrienta y cruel) como la realidad densa se cuelan dentro del corral. Aparecen en los juegos infantiles —donde uno vive, muere o se salva fantásticamente pero con intensidad muy real—, en los disparates, en las retahílas (siempre me acuerdo de la que jugábamos cuando era chica para elegir quién era mancha: "*Bichito colorado mató a su mujer/ con un cuchillito de punta-alfiler./ Le sacó las tripas, las puso a vender,/ ¡A veinte, a veinte las tripas de mi mujer!*"), en los viejos cuentos (en los que creo que se refugiaron los chicos por falta de fantasías nuevas) y también en algunos libros que burlaron la vigilancia de los pedagogos y circularon con sus locas fantasías y sus intensas realidades por todas partes.

Tal vez el ejemplo más interesante de cómo la literatura puede a veces burlar la vigilancia sea, en Europa, el de Lewis Carroll, que era un párroco inglés tan serio, tan culto, tan puntilloso y respetable que nadie pudo reprocharle esos cuentos absolutamente inclasificables que escribió, entroncados con el mejor disparate infantil, con el sin sentido más cruel y despiadado, y que arrastran con ellos una fantasía tan vigorosa que no podían sino hacer que las convenciones vic-

torianas se tambalearan como un castillo de naipes. Lo de Carroll era literatura mucho más que infantil, por eso burló la vigilancia.

El siglo XX, freudiano y piagetiano, pareció dispuesto a dar vuelta al prolijo tablero de los pedagogos del siglo XIX. Por lo pronto se le devolvió a la fantasía la estima oficial. Pero para eso hizo falta que el psicoanálisis mostrara que no todo está bajo control, y se ocupara de reivindicar la estrecha vinculación entre el sueño y la vigilia. Fantasía y realidad estaban de pronto más cerca que nunca. Hizo falta también que los educadores rescataran el juego como constructor de lo real, y que Piaget centrara el desarrollo de la inteligencia en esa actividad que, en una de sus formas más conspicuas, giraba precisamente en torno de la fantasía: el juego simbólico, en que el niño "jugaba a ser" y "jugaba a hacer" evocando ausencias, era central para el desarrollo del símbolo, del pensamiento y, por lo tanto, para la adaptación inteligente y creadora a la realidad. La fantasía no era, entonces, tan evasora de lo real como parecía. Es más, se nutría de lo real y revertía sobre lo real. Era la dimensión libre y poderosa de la relación entre el hombre y su entorno. En el juego el niño compensaba carencias, liquidaba conflictos, anticipaba situaciones y, en general, purgaba temores. Y hasta hubo un libro, el de Bruno Bettelheim, un psiquiatra infantil, que se ocupó específicamente de reivindicar por terapéuticos esos "sanguinarios, truculentos y feroces" cuentos de hadas que treinta años atrás se desaconsejaban.<sup>8</sup>

En fin, podría decirse que las reglas que gobernaban la dosificación de realidad y fantasía han cambiado mucho en estos últimos años. Es evidente que el viejo "mundo infantil"

---

<sup>8</sup> Cita obligada de los años ochenta, Bruno Bettelheim (*The Uses of Enchantment*, traducido al español como *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona, Grijalbo, 1977) tal vez merezca hoy una relectura más precisa.

ha entrado en crisis. Y aun cuando sigue habiendo muchos que se resisten a abandonar el método del corral y siguen sosteniendo que la fantasía es peligrosa, la realidad es peligrosa y no hay como un buen sueñismo divagante para conservar la tutela sobre la infancia, lo cierto es que las viejas certezas y los viejos métodos se han venido agrietando.

Han cambiado las circunstancias generales de la crianza, y también ha ido cambiando la conciencia sobre la cuestión de la infancia.

Por una parte, los medios de comunicación masiva han vuelto a instalar la indiscriminación. El niño ya no es coto privado de padres y maestros. Para bien o para mal, un “perfecto control” ya es inimaginable.

Por otra parte, el conocimiento en torno al niño y a las huellas de la infancia en el adulto ha avanzado mucho. Últimamente todos parecemos más dispuestos a aceptar que en el fondo chicos y grandes no estamos tan apartados como quisieron hacernos creer en algún momento. La asfixia de la “cultura para consumo infantil” ya no parece la mejor respuesta.

En el campo particular de la literatura infantil los controles se han ido aflojando. A los que escribimos para los chicos se nos ha dado una mayor licencia para “hacer literatura”, y eso deriva en algunas búsquedas nuevas: ni el sueñismo de la fantasía divagante ni el realismo mentiroso. Más bien una refundación del género, en el que empieza a pesar menos el platillo de lo infantil y un poco más el platillo de la literatura.

¿Y “lo infantil”? ¿Qué se hará de “lo infantil”, que tantos desvelos produjo? Creo que se desplaza. A medida que la literatura crece, lo infantil (que fue durante muchos años una tarea exterior, un conjunto de mandatos) se nos va internalizando. El horizonte ya no es tanto ese “niño ideal”, el niño emblemático que nuestra cultura ha ido dibujando y oficializando con el correr del tiempo, sino más bien la memoria

del propio niño interior, el niño histórico y personal que fuimos —que somos—, mucho más cercano a los niños reales —posibles lectores— que esa imagen impostada y arquetípica.

Ese cambio de horizontes supone muchos otros cambios puesto que será *con el lector* y no *hacia el lector* que fluirá el discurso. Ya no será cuestión de “bajar línea” porque no podemos bajarnos línea a nosotros mismos. Tampoco podemos escamotearnos la realidad ni negarnos las propias fantasías. Mucho menos podemos palmearnos con condescendencia nuestra propia cabeza o llamarnos “amiguito”. Cuando nos encontramos el adulto que somos con el niño que fuimos, la famosa polémica realidad/fantasia parece quedar atrás, pierde sentido.

Durante años, pacientes y razonables adultos se ocuparon de levantar cercos para detener la fuerza arrolladora de la fantasía y la fuerza arrolladora de la realidad. Tenían un éxito relativo, porque de todas formas los monstruos y las verdades se colaban, entraban y salían. Hoy hay señales claras de que el corral se tambalea, de que grandes y chicos se mezclan indefectiblemente. Ya nadie cree que los chicos vivan en un mundo de ensoñaciones, todos comprenden que son testigos y actores sensibles de la realidad. Tampoco quedan muchos que se nieguen a admitir que hasta el más sensato de los adultos es extraordinariamente sensible a la fantasía.

(1984)

~

# No hay como un buen ogro para comprender la infancia

Las palabras que siguen giran en torno a la infancia. Giran, es decir, dan vueltas alrededor de ella, buscando entenderla. Son, además, mi homenaje a un pensador —Marc Soriano—, a quien considero mi maestro. Sería mucho mejor para todos que pudiese estar él mismo aquí presente. Pero ha muerto. Nos dejó, eso sí, algunos libros. En especial éste que presentamos hoy, que aborda con profundidad, erudición y clarividencia temas vinculados con la encrucijada fundamental donde la cultura se tropieza con la infancia.<sup>1</sup>

Y, como de infancia se trata, lo mejor es empezar hablando de ogros, porque no hay como un buen ogro para comprender la infancia.

Empiezo entonces:

## OGROS I. PRIMERA ESCENA

Una escena dramática, intensa como un aguafuerte de Goya. Un marcado claroscuro entre el bosque, espeso, negro, hostil, y la luz incierta, huidiza, de la vela de la única casa, el único refugio. Chicos asustados que corren hacia ella. Golpean a la puerta, jadeantes. Piden respiro, que les permitan pasar la noche. Se enteran, antes de recuperar el aliento, de que el destino les puso una zancadilla, que han caído, precisa, irónica-

---

<sup>1</sup> El libro a que se hace mención en este artículo es el ya citado e insoslayable: Marc Soriano, *La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*, Buenos Aires, Colihue, 1995.



mente, en la casa de un ogro comeniños. El ama de casa se niega a dejarlos entrar. Lo que sigue es cita: "Ay, señora —responde Pulgarcito, que temblaba a más no poder, al igual que sus hermanos—, ¿qué podemos hacer? Si usted no quiere aceptarnos en su casa es seguro que esta misma noche nos comen los lobos del bosque y, siendo así, preferimos que sea el señor el que nos coma". *Preferimos que sea el señor el que nos coma*, eso dice Pulgarcito.<sup>2</sup> Entre la orfandad y el ogro, elige al ogro. No es una elección trivial. Pulgarcito, el niño arrojado al mundo, el niño que busca protección, se desprende de la animalidad, elige la humanidad y la cultura.

## OGROS II. SEGUNDA ESCENA

Pertenece a *El rey de los alisos*, la novela de Michel Tournier. Tiene por protagonista a Abel Tiffauges, que es, por vocación excluyente, un niñóforo, un portaniño; nada le produce un éxtasis más intenso que llevar un niño en brazos.

En la segunda Guerra Mundial cae prisionero de los alemanes y termina trabajando para sus captores... como secuestrador oficial, precisamente. Es el regente de Kaltenborn, el castillo donde se educan los *Jungmannen*, los bellos impúberes rubios, destinados a purificar la raza, a heredar y glorificar el nazismo. Tiffauges, que ama especialmente a los niños, los selecciona, los señala, los rapta. Y así lleva hasta el final la feroz ambigüedad del ogro: el que ama y devora al mismo tiempo.

En la última escena de la novela, el castillo de Kaltenborn ha sido invadido por los soviéticos; los pasillos están sembrados de cadáveres de niños; hay que salvar al único sobreviviente, Efraín, el judío casualmente, único judío entre

---

<sup>2</sup> "Pulgarcito", según los *Cuentos de Mamá Oca* de Charles Perrault.

todos esos *Jungmannen* perfectamente rubios, perfectamente arios. Y Tiffauges cumple con su mandato; es, como Cristóbal, el santo patrono de su escuela primaria, el *Cristóforo*, el portaniño, y lleva a Efraín en la cerviz, le hunde la nuca entre los muslos. En la huida pierde los anteojos, no ve el camino, pero Efraín lo guía; lo guía y lo azuza como a un caballo. Arre, vamos. Trepado a los hombros. Pero el niño pesa mucho, la infancia pesa, y Tiffauges termina sepultado en el pantano, hundido por el peso de su ambigüedad.

No hay como un buen ogro para comprender la infancia.

Es verdad que la del ogro es una imagen fuerte, y hasta demasiado fuerte. Incómoda, inquietante, una imagen tremenda. Tremendista incluso, y hasta de mal gusto, demasiado drástica, demasiado dramática, para una época como la nuestra que no parece muy inclinada a los claroscuros ni a los énfasis ni a los pronunciamentos.

Una imagen arbitraria también: algunos dirán que no les hago justicia a los adultos, que no todos son ogros. Que hago mal en olvidar los matices y que están también las hadas madrinas, por ejemplo, y los magos ayudadores. Y tienen razón, es cierto, hay matices, distintas maneras de vincularse con la infancia, pero primero, necesariamente, está el ogro. Primero está el poder. El poder y el no poder. Primero está lo desparejo: el que no puede frente a frente con el que puede, el que lleva en brazos y el que es llevado, el chico mirándose en el grande. Y en ese terreno, en el terreno del poder, no hay como un buen ogro para comprender la infancia.

El ogro, tan inmenso, tan enojado, tan hegemónico, tan voraz, y tan amante en última instancia —porque los ogros *aman* a los niños (la prueba está en que no pueden vivir sin ellos)—, sirve muy bien para entender la infancia como minoridad, como entrega confiada y dependencia. Por esa cualidad de voraces que tienen los ogros y por esa cualidad de

gemonía. En primera y última instancia una relación de poder que acarrea la dominación cultural, como un trencito.

Las distintas maneras en que cada uno se relaciona con su propia infancia, el modo en que la repara y reconstruye día a día, esforzada y afanosamente, termina por dibujar, como demuestra el psicoanálisis, una historia personal. Del mismo modo, las distintas maneras en que se han relacionado los padres con sus hijos en distintos momentos de la historia de las culturas, la manera en que se plantan los adultos frente a los niños en una determinada sociedad, las variadas formas que ha ido adoptando esa relación fundamental, terminan por dibujar una historia de la infancia.

Una trama compleja, de la que forman parte tanto esa famosa costumbre que tenían los espartanos de deshacerse de los niños que no respondían a las esperanzas que cifraban en ellos los adultos, arrojándolos al mar, como la pediatría moderna; tanto la educación en general, con sus escuelas y sus programas de estudio, como los buenos modales, la crianza, los juguetes, la declaración de los derechos del niño y hasta este momento que estamos viviendo ahora que resolvimos sentarnos a pensar la infancia.

Acerca de cómo ha sido esa historia, acerca de cuándo y cómo se produjeron los grandes cambios, y, por tanto, de cuál es la orientación general de los acontecimientos, no están todos de acuerdo. La infancia es un tema apasionante y, como es natural, ha sido abordado en forma apasionada. Hay disidencias, diferentes posturas, no todos ven las cosas del mismo modo. Y esas mismas disidencias forman parte de la historia que discuten.

Donde unos ven progresos, otros ven pérdidas, cercenamientos.

Algunos piensan que los últimos siglos, en los que la infancia comenzó a ocupar el centro de la escena, han servido

sobre todo para acrecentar el control y la vigilancia, para encerrar definitivamente a los niños en la casa y en la escuela. Es la postura de Philippe Ariès, por ejemplo. Philippe Ariès escribió un libro muy famoso: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, donde se demostraba que la idea de infancia, que nos parece hoy tan natural, tan dada, era relativamente nueva: habría nacido junto con la modernidad, al calor de la escuela, la propiedad privada y la familia; no se trataría, pues, de una idea eterna, como uno podría llegar a pensar, sino simplemente de un capítulo de la historia de las mentalidades.<sup>4</sup> Niños hubo siempre, por supuesto, pero sólo en un momento dado comenzó a haber una mirada intencionada sobre esos niños, un recorte, un interés por su especificidad. Ariès le otorga fecha y lugar de nacimiento a esa noción de infancia; se trataría de un invento europeo del siglo XVII que termina de madurar a lo largo del XVIII.

El relato que hace Ariès del acontecimiento resulta muy convincente: luego de una Edad Media en la que la vieja idea de *paideia* del mundo clásico había desaparecido; una época signada por el montón, la indiscriminación y el abigarramiento (no olvidemos que Ariès es demógrafo), donde los niños se mezclaban con los adultos, dormían hacinados en los mismos ámbitos, usaban idénticas vestimentas, escuchaban los mismos relatos de juglares y buhoneros y comían del mismo plato, resurge el interés por la educación, nace la escuela y el niño comienza a ser retratado, o mejor dicho, *mirado*, en su especificidad. Casi al mismo tiempo brota el concepto moderno de familia, y en el siglo XVIII se completa el proceso; termina de alzarse el cerco entre vida pública y vida privada y la familia se cierra en torno al niño. Allí y sólo allí

---

<sup>4</sup> Philippe Ariès, *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, París, Plon, 1960. En español: *El niño y la vida familiar bajo el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987.

—dice Ariès— comienza a aparecer en la sociedad “lo infantil”, tal como hoy lo conocemos.

El libro de Ariès es muy atractivo y explica muchas cosas. Por otra parte, uno no puede menos que admitir que, aun cuando todas las culturas tienen sus nanas para dormir a los niños y sus cuentos de advertencia para alejarlos de los peligros, es difícil encontrar otro ejemplo de tan alto y especializado desarrollo de lo infantil como el que tiene hoy nuestra cultura oficial, heredera directa de la europea.

Pero hay un aspecto del discurso de Ariès que va más allá del registro de la historia: la nostalgia. En el modo que tiene de plantear este proceso de progresiva especialización de lo infantil —que redundaba en la privatización del niño— se adivina una cierta nostalgia por la vieja indiscriminación, y hasta se diría que por la promiscuidad, del Antiguo Régimen. Un añorar esa licencia de intercambios casuales, no reglados, entre los adultos y los niños.

Aunque pienso que la nostalgia de Ariès no se me habría hecho tan evidente si no hubiese leído a continuación otro libro en el que dos filósofos, Scherer y Hocquenghem, la llevaban hasta sus últimas consecuencias. El libro se llama *Coire. Álbum sistemático de la infancia* y habla de cómo la creciente privacidad estuvo acompañada de una creciente —imprescindible— vigilancia (se cita muy a menudo *Vigilar y castigar* de Foucault); habla del mal de la propiedad privada.<sup>5</sup> Una propiedad privada de la que también los niños formaron parte cuando dejaron de ser un “bien social” y se convirtieron en un “bien de familia”. Los autores del *Álbum sistemático* lamentan —mucho más explícitamente que Ariès— el estado actual de las cosas, deploran el “atontamiento y la su-

---

<sup>5</sup> René Scherer y Guy Hocquenghem, *Coire. Album systématique de l'enfance*, Paris, Recherches, 1976. En español: *Coire. Álbum sistemático de la infancia*, Madrid, Anagrama, 1979.

misión” de estos niños modernos, tan severamente tutelados, y adoptan una postura provocadora respecto al tema. El primer capítulo comienza con esta frase: “El niño está hecho para ser raptado, de esto no cabe duda. Su pequeñez, su debilidad, su hermosura, invitan a ello. Nadie lo duda, empezando por él mismo”. Algo (agrego yo) que ya sabían los ogros.

También el de Scherer y Hocquenghem es un libro atractivo, con un discurso seductor. Leyéndolo, se hace muy evidente el peligro del encerramiento y la intermediación, a veces feroz, de los adultos tutelares, a los que ellos llaman “los guardianes”. Una hipótesis que ayuda a entender muy bien cuál es el sustento de la tutoría sobre la infancia en el terreno de la cultura, cómo aparece la literatura infantil de índole pedagógica, por ejemplo, tan deliberada, tan monitoreada, tan colonizante, o la más moderna “corrección política” —*political correctness*—, cuyos pintorescos extremos ya todos conocemos. Los guardianes caen en horribles excesos, sin duda: el corral, el encierro, la asfixia.

Y, sin embargo, bastaba mirar alrededor para darse cuenta de que había, además, otras maneras de ver esta historia de ogros y de niños. Que, una vez más, nada era simple, todo imbricado y complejo. ¿Se justificaba esa añoranza por la vieja indiscriminación, esa exaltación del usufructo casual —no reglado— del niño cuando se contemplaban situaciones sociales que estaban excluidas del monitoreo constante? ¿Acaso los niños librados a su arbitrio, los no controlados ni encerrados en escuelas y familias celosas, los niños de la calle, en fin, estaban a salvo del ogro? Parecía una ingenuidad darlos por casuales y felices. Ni ahora ni en el pasado.

Sin ir más lejos, ahí estaba esa voluminosa y aterradora *Historia de la infancia*, dirigida por Lloyd DeMause, donde se hacía un minucioso registro de viejos abusos y mons-

truosidades.<sup>6</sup> Leyéndola era difícil dar por sentado que a los niños les gustase ser raptados. Uno llega más bien a la conclusión de que la infancia debe ser protegida, que esa etapa de indiscriminación primaria en la que se demoraban con cierta nostalgia Ariès o Scherer y Hocquenghem estaba lejos de ser idílica y que los siglos, mal que bien, habían traído cierto progreso. Que el ogro seducido y seductor, el “natural” y “espontáneo” raptor de niños, podía ser pésima compañía: solía abandonar, maltratar, torturar, abusar, incluso asesinar. “La historia de la infancia —dice DeMause— es una pesadilla de la que hemos empezado a despertar hace muy poco”.

Cuando no se considera a los niños como seres merecedores de amparo, se los ve sencillamente como mansos —inermes— *recipientes*, perfectos chivos expiatorios, siempre listos para que los adultos proyecten en ellos sentimientos incómodos, inseguridades, expectativas, miedos. Niños de nueve meses a los que les rompen la cabeza a golpes por rebeldes. Niños de cuatro años encerrados desnudos en el sótano “hasta que entiendan quién es el que manda”. Niños abandonados, arrojados a las alcantarillas, niños atados a la cama y hambreados, quemados con hierros candentes, mutilados, violados salvajemente. Niños a los que se aterroriza con monstruos, con fantasmas, con cucos, con hombres de la bolsa, con cadáveres de degollados, con máscaras. Ogros que aterrorizan con ogros. Son horrores viejos y no tan viejos, aparecen a menudo en las noticias policiales de los diarios.

Y todo esto no por pura maldad de los ogros, no porque esos adultos no *amen* a sus niños sino más bien porque *no lo gran verlos como personas*, como Otros equivalentes, como seres distintos de ellos mismos pero sujetos a su vez, tan su-

---

<sup>6</sup> Lloyd DeMause, *The History of Childhood*, Nueva York, The Psychohistory Press, 1974. En español: *Historia de la infancia*, Madrid, Alianza Universidad, 1982.

jetos como ellos. Porque los aman, sí que los aman, pero, además, necesitan devorarlos. Y en ese sentido —piensa DeMause— la *diferenciación*, el ver al niño en su especificidad, la aparición de “la infancia” y de “lo infantil” implicó un progreso. Mirar al niño como alguien con necesidades específicas y atender a esas necesidades fue un progreso; la puericultura y también la cultura deliberada, aunque a veces exageren la tutela, son un avance histórico.

El libro de DeMause es, tal vez, un poco demasiado optimista. Y acaso menos seductor que los de sus colegas franceses —un sólido y completo index de abusos y de horrores, sobre todo—. Pero sacude fuerte, y ayuda a ensanchar la mirada. No borra la incomodidad que suscitan las apropiaciones y los tutelajes estrictos, el corral aniquilante, muerte de toda belleza, todo raptó y todo velo, pero llama la atención sobre el *desvalimiento* de la infancia, sobre la tremenda necesidad de protección que tiene.

La infancia es ambigua, decididamente, y su ambigüedad es irremediable. Los niños son personas asombrosas, deslumbrantes, capaces de ser y dejar de ser al minuto siguiente, son los que crecen, los que quieren crecer más que nada en el mundo, y dejar de ser lo que son: niños. Frágiles, entonces, precarios, y deseables. Necesitados de aprender y muy capaces de enseñar. Sensatos e insensatos al mismo tiempo. Necesitados de protección y merecedores del raptó.

Habrà que respetar esa ambigüedad entonces. ¿Serà posible? ¿Podremos aceptar el filo de la navaja, el equilibrio difícil? ¿Obligarnos a una especie de cuerda floja, de bamboleo incesante? Proteger y disfrutar, sin aprisionar ni usufructuar. El vaivén, siempre el vaivén, cuidando de no quedar nunca quietos. Mirar desde el adulto, y luego, enseguida, mirar desde el niño (mirar, como es obvio, desde la propia infancia, con los riesgos que eso implica, con las dificultades y los



sufrimientos que acarrea). Ida y vuelta, constantemente, bamboleándose, entre el control y el goce. Proteger y cuidar, disfrutar y jugar. Siempre y cuando no se deje de oscilar. Porque, sin el vaivén, la protección se convierte rápidamente en tutelaje, en vigilancia y en censura; el goce puede derivar en usufructo y violación.

Es cierto lo que dice Ariès, la infancia tiene su historia. De un niño como el Lazarillo de Tormes, público, comunitario, que a los siete años ya es puesto en el mundo y dispuesto a los múltiples encuentros, a lo fortuito, un niño que se mezcla descarnadamente con los grandes, y una niña como Alicia Liddle, la amada protagonista de la aventura que imagina Carroll, una niña privada, una niña doméstica, enclaustrada en su *nursery*, en sus ritmos escolares, muy preocupada por los buenos modales, bien entrenada, cuyo vagabundeo, con su excitante ristra de "encuentros fortuitos", sólo puede tomar la forma de viaje imaginario, de literatura y sueño, hay una diferencia.

Lázaro está menos tutelado, es verdad, aunque su libertad no sea demasiado apetecible; al fin y al cabo es poco más que un esclavo, y a menudo recibe coscorriones, pasa frío, está hambreado. Y Alicia, la tutelada y controladísima Alicia, encuentra el modo de ser raptada. El que la rapta —y seduce su insaciable sed de maravillas— es cierto deán, vecino de sus padres, el reverendo Dodgson, que usa el alias de Lewis Carroll cuando escribe cuentos, un señor muy respetable que la encierra en su apetecible castillo, en su pieza de eterno soltero; llena de máquinas ingeniosas, y con una de ellas, una cámara fotográfica, motivo en la época de asombro, devora su imagen casi desnuda de niña.

Lázaro y Alicia poco parecen tener que ver, a su vez, con Bart Simpson, por poner a un famoso contemporáneo. Los encuentros fortuitos, los raptos deseables de Bart suelen darse frente a la pantalla del televisor, sentado junto a ese

otro niño, su padre, seducidos ambos por el gran ogro general, que, alternativamente, les dibuja los deseos y los devora minuciosa y convenientemente, y les arroja, de tanto en tanto, alguno de esos molestos cascotes de material radiactivo que, al menor descuido, se le meten a uno en el cuerpo por el cuello de la camisa.

Todos niños, sin embargo. Todos controlados y usados, alternativamente. Un mundo lleno de Barts, y de Lázaros, y de Alicias.

Las actitudes —y las estatuas— con que los adultos se plantan frente a los niños, sus poses —cuidadores, vigilantes, seductores, secuestradores, violadores, censores, maestros— van variando. Están vinculadas con los diferentes grados de conciencia (de conciencia personal y de conciencia histórica), con los sentimientos encontrados que genera el más débil en el que se siente más fuerte, con la aparición o no de la responsabilidad, la piedad, el deseo, la empatía. Están vinculadas también con las condiciones de vida. Con el pasado. Con la historia familiar. Con la imagen del niño que se ha hecho una sociedad. Con el canon infantil. Actitudes muy diferentes pueden coexistir en el tiempo. Por ejemplo, y sin ir más lejos que estas ciudades nuestras: niños arrojados brutalmente al mundo adulto, más desamparados que el propio Lázaro, niños librados a sí mismos, prostituidos, violados, maltratados, junto a otros niños bien engarzados en una estrecha especialización burguesa, más controlados que Alicia, que sólo habitan ámbitos deliberados, escuelas, especializaciones varias; niños cuyo tiempo está severa y permanentemente vigilado. Aunque siempre, de todas formas, en cualquier condición, ahí está el peso de la hegemonía, el escalón. El control y el uso, es decir: la infancia.

En el declive de ese escalón está asentada toda la llamada cultura para la infancia: los juguetes, la educación, los libros

para niños, el cine, los espectáculos, el mobiliario, la decoración de los jardines de infantes, los rituales y la animación de las fiestas infantiles.

Esa cultura *donada* que ofrecen los adultos a los niños, esa imagen de niño que le devuelven al niño, no sólo forma parte de la cultura de cada época sino que la revela y la refleja con una evidencia sorprendente. Cada época tiene su imagen oficial de infancia y también sus conductas concretas en relación con los niños: hechos y símbolos, discursos y actos. Los contrastes y las contradicciones entre unos y otros son el terreno más interesante.

Es en esa encrucijada entre cultura e infancia donde se instala el libro que estas palabras pretenden enmarcar. Ése es su territorio. Un territorio que necesita urgentemente ensanchar su campo de reflexión, que demanda investigadores, críticos y pensadores nuevos. Investigadores, críticos y pensadores de los que no sólo se espera que sean lúcidos y eruditos, sino también lo bastante audaces como para tomar en serio a los ogros.

Marc Soriano lo hace, y somete esa cultura donada a un apasionante vaivén de consideraciones, distinguiéndola en su especificidad y reinsertándola, a la vez, constantemente, en la historia y en la cultura, yendo y viniendo del hombre al niño y del niño al hombre; trayendo y llevando la lanzadera entre el presente y el pasado, entre el texto y el contexto, entre la obra y el obrero, entre la urdimbre y el hilo.

La historia que se va dibujando está hecha de libros con que los adultos decidieron colonizar amorosamente a sus alumnos y también de libros que los niños fueron robándoles a los adultos. De historias anónimas, asombrosas, vertidas desprolijamente en papel de estraza y de libros con canto de oro dedicados exclusivamente al uso de un Delfín malcriado. De libros sin libro, viejos como el mundo, almacenados en la

memoria colectiva, retahílas con las que los niños echan suertes y se reconocen, y de libros de texto espeso, únicos, inconfundibles, donde el autor deja una marca indeleble. De libros audaces y de libros conformistas. *Robinson Crusoe* y *Caperucita Roja*, *El almacén de los niños o diálogos de una prudente institutriz con sus alumnos*, y también *El paquetero que va a Vepres /con tres soretes en el sombrero,/ dejen pasar al paquetero*.

Marc Soriano fue un hombre lúcido, valiente y bueno, un erudito sesgado, inclasificable, herético, un intelectual de los márgenes.

Escribió la primera versión de esta obra en 1975, llevó a cabo su actualización en condiciones penosas y la concluyó en octubre de 1994, pocos días antes de su muerte. No conozco un ejemplo más conmovedor de fe en la palabra, de heroica resistencia de la conciencia, de insobornable compromiso con la historia.

(1995)

